

FEIJOO, BENITO Jerónimo. *Poesía. Obras completas*, tomo VII. Edición crítica, estudio introductorio y notas de Rodrigo Olay Valdés. Oviedo: Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, Universidad de Oviedo, Ayuntamiento de Oviedo, 2020, 876 pp. Colección de Autores Españoles del Siglo XVIII, I-VII.

Uno de los signos más evidentes de la buena evolución del dieciochismo en el último tercio del pasado siglo y las dos primeras décadas del presente ha estado unido a la edición de los textos principales del Setecientos. El empeño del Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII (IFESXVIII) ha contribuido poderosamente a la fijación y ordenación dignas de las obras de autores de especial importancia como Gaspar Melchor de Jovellanos, Juan Meléndez Valdés, Vicente García de la Huerta o Benito Jerónimo Feijoo. Hoy, y solo mirando hacia el género lírico –peor tratado que otros en número de estudios y de ediciones fiables–, otros nombres como José de Cadalso, Nicolás y Leandro Fernández de Moratín o Nicasio Álvarez de Cienfuegos han contado con editores con disposición de dignificar sus textos poéticos, pues es en este terreno, insisto, en el que aún la atención a la literatura de nuestro siglo XVIII se resiente. Faltan ediciones modernas de la poesía de Torres Villarroel, de José Iglesias de la Casa, de la obra no fabulística de Tomás de Iriarte, de la poesía de Alberto Lista... Y uno de los grandes de la Ilustración que aún no tenía toda su poesía reunida seguía siendo, a pesar de todo, Feijoo; por lo que fue un acierto que hace ya unos años alguien tan sensible

a la difusión de la poesía dieciochesca, Elena de Lorenzo Álvarez, directora hoy del IFESXVIII, encomendase a un joven investigador como Rodrigo Olay Valdés –también poeta, autor de cuatro poemarios reconocidos con premios significativos– realizar su tesis doctoral sobre la edición crítica de la obra en verso del benedictino.

Que, a estas alturas, este volumen sea la primera publicación completa del corpus poético de un autor de la importancia de Feijoo puede tomarse como otro caso de incuria y desatención hacia la literatura de nuestro Siglo de las Luces; pero creo que sería esquinado y torticero. Más bien, hay que celebrar que tengamos una contestación tan contundente a un reproche que Rodrigo Olay recuerda al concluir su estudio introductorio: «Feijoo no fue poeta». Lo demuestra con creces y con solvencia en las casi novecientas páginas de este volumen, porque la obra de Feijoo es ineludible al tratar la evolución de la poesía de la primera mitad del siglo XVIII en la que los autores más citados son Gabriel Álvarez de Toledo y Eugenio Gerardo Lobo. Y, sin lugar a duda, porque necesitamos trabajos de edición filológica como este, que considero magistral.

La «Tabla de contenidos» con la que se cierra este libro (pp. 869-876) representa el modelo de la estructura que debe de tener un trabajo así, con todos sus componentes. Los principales, el texto editado y un demorado estudio introductorio, sobre los que volveremos en esta reseña. Los «secundarios», que son los cimientos que sostienen aportaciones de este carácter, se materializan en listados de testimonios

y abreviaturas empleadas en el aparato crítico; en la justificación de la edición; en una bibliografía amplísima dividida en fuentes manuscritas y fuentes impresas, y unos nutridos índices de poemas por orden de publicación, de equivalencias entre la numeración de los poemas, un índice métrico, otro de primeros versos, otro de ilustraciones y otro onomástico sobre el que se anota que no se incluyen en él las referencias bibliográficas ni las fuentes secundarias, muy numerosas, como queda dicho.

Un volumen de información muy útil para el futuro estudioso o investigador en el que se ofrece la edición crítica y anotada de los ciento treinta textos de Feijoo que Rodrigo Olay ha podido localizar, repartidos en ciento siete poemas originales, diez atribuidos y trece traducciones; y a los que hay que sumar un poema perdido que –dice el editor– «solo conocemos indirectamente» (p. 133). Este *corpus* se organiza en función de su caracterización temática en cinco grupos: poesía religiosa, poesía fúnebre, poesía encomiástica, poesía amorosa y poesía satírico-burlesca. A falta de apuntaciones de Feijoo sobre la publicación de sus textos y dada la imposibilidad de una ordenación cronológica de todos –solo la mitad–, es una opción perfectamente válida la elegida por el editor. El lector los encuentra tratados en ese orden en el estudio introductorio, que, con buen criterio, no se extiende en el análisis de cada bloque, pero sí en su filiación, su composición y su justificación. Y es con buen criterio, porque luego, en el cuerpo de edición de los textos, Olay volverá a introducir cada

grupo temático e irá tratando poema a poema con comentarios y notas que, puede decirse, agotan lo que se pudiera aportar a estos poemas desde el lado de la crítica textual, cuando los testimonios lo permiten, desde su contextualización, desde su exégesis o desde la aclaración en notas de una referencia cultural o literaria –pertinentemente anotada con relieves de erudición que ahí quedan– o de un empleo léxico. Y el sistema elegido de doble anotación al pie me parece el ideal para distinguir aquellas que iluminan las consideraciones del editor con referencias de fuentes secundarias o con el complemento de un comentario de contextualización histórica, y aquellas otras que remiten a los versos de los poemas con aclaraciones léxicas o de significado. A estas últimas, en muchos casos, hay que unir un escolio final de «[*Testimonios*]», derivado del epígrafe que da cuenta de manuscritos e impresos, en el que Rodrigo Olay recoge, con un rigor extremo que le lleva a mencionar hasta lo irrelevantemente ecdótico, toda la historia textual hasta el momento presente de cada una de las piezas que edita. Así, en un poema como el número 58, «Batalla de un amante con su propia pasión», con el que Guillermo Carnero abrió su *Antología de los poetas prerrománticos españoles* –según la portada, que no la cubierta– de 1970, y que Rodrigo Olay considera en su nota preliminar al texto uno de los más conocidos de Feijoo, precisamente por ser uno de los pocos antologados, además, en otros florilegios como *Poetas gallegos*, de Benito Varela Jácome (1953) o como la antología de poesía dieciochesca de Alberto Ibáñez publicada por Orbis

en 1983. Sobre estas endechas reales, Olay realiza un ilustrativo comentario de su tema y su construcción, con la yuxtaposición de elementos «procedentes de la poesía amorosa petrarquista que hunden sus raíces en las corrientes trovadorescas y aun en ciertos rasgos de la elegía latina» (p. 436), y, gracias al acertado estudio de los usos métricos de Feijoo, reconduce este poema a una más apropiada línea de clasicidad, después de que fuese considerado en un conocido trabajo de Gamallo Fierros (1964) como un ejemplo de su tendencia hacia lo que aquel estudioso llamó el «futuro romántico». Tras esta presentación clarificadora, se reproduce el texto del poema sobre el manuscrito poético más completo y que más ha seguido el editor en su edición, el manuscrito *OP* (*Ocios poéticos...*, una copia dieciochesca de ciento cincuenta folios de la colección privada de la familia Millán Rodríguez).

La organización de todo el conjunto textual al que el lector moderno tiene acceso en esta gran edición va más allá de los grupos temáticos indicados. Los ciento treinta y un poemas que aquí se editan se distribuyen en cinco secciones: «Poemas publicados en vida de Feijoo», «Poemas publicados tras la muerte de Feijoo», «Poesía atribuida», «Poesía traducida» y «Poema perdido». Son cinco tramos que diluyen la distinción principal entre poesía publicada en vida y poesía publicada póstumamente, que es la más patente y operativa en primer lugar. Después, en este segundo grupo sí se darían los textos atribuidos y lo que Olay llama «Poesía traducida», aunque podría ser más preciso el marbete de «Traducciones».

Igualmente, y al no ser más que noticia sin testimonio, ni manuscrito ni impreso, y dada su singularidad, no habría estado mal subrayar el carácter de apéndice o de nótila anexa de ese «Poema perdido», que se consigna con el título de «Octavas a lo mismo» al mencionarse junto al poema número 85 de esta edición «A la caída del marqués de la Ensenada». De no haber optado por ese apartado como remate con la alusión a ese poema perdido, también habría sido pertinente darlo como comentario junto al texto satírico 85, una idea que quizá Rodrigo Olay albergó, según se puede deducir de la siguiente alusión al poema no localizado y probablemente destruido por un incendio en la Biblioteca Provincial de Orense en diciembre de 1927: «Da noticia de él Marcelo Macías en 1926, se titula *Octavas a lo mismo* y aparece listado a continuación de este poema» (p. 568). Finalmente, y ya que los poemas publicados en vida de Feijoo fueron solo tres («Glosa de esta quintilla en las dos siguientes décimas», fechada en un temprano 1701; «Desengaño y confesión de un pecador», y «Décimas a la conciencia en metáfora de reloj»), el cuerpo principal de esta *Poesía* será el apartado de los poemas publicados tras la muerte del autor, que es en donde el criterio clasificatorio es el temático ya mencionado.

En definitiva, cada uno de los textos editados por Olay Valdés serviría de muestra modélica de cómo proceder con una pieza poética del siglo XVIII para su difusión moderna; y confío en que se haya podido poner de manifiesto en los estrechos límites de una reseña. La lectura de las ochocientas

setenta y seis páginas de este séptimo tomo de las *Obras completas* visibiliza igualmente el camino o proceso que ha conducido a este resultado, pues se puede reconstruir la etapa sin duda más principal del estado de los estudios sobre la poesía –la obra toda– de Feijoo; y el papel primordial de su editor, que nos ha venido dando en los últimos años pinceladas de esta inmensa y definitiva obra en trabajos parciales –hasta una quincena entre 2013 y 2019– sobre textos inéditos, sobre usos

métricos, sobre los constitutivos esenciales de la poesía feijoniana –en estos *Cuadernos Dieciochistas*, vol. 16–, sobre vinculaciones con otros autores, como Quevedo o Antonio de Solís, etc. Avances todos del rigor con el que se ha afrontado este imponente trabajo que nos pone delante de la más recomendable práctica en la edición de nuestros textos del siglo XVIII.

Miguel Ángel LAMA

